



**EL DR. LUIS EZPELOSIN: ILUSTRE MAESTRO  
DE JUVENTUDES**

(“El Universal” Caracas: 9 de marzo de 1955).

Caracas: 9 de marzo de 1955. — En este día se cumple el Centenario del nacimiento del notable institutor venezolano doctor Luis Ezpelosín, médico e ingeniero, nacido en Caracas el 9 de marzo de 1855, y fallecido en la misma ciudad el 19 de abril de 1921.

Quien esto escribe, se contó entre sus innumerables discípulos, por los años de 1910 a 1912, cuando el gran Maestro dirigía el “Colegio Nacional”, situado en aquella época entre las esquinas de Colón a Cruz Verde, de

esta capital. Allí cursé el bachillerato, junto con varios compañeros, de los cuales recuerdo a Carlos Henrique Mauri, Carlos Lugo Escobar, Rafael Silvestre Toledo, Pedro Pablo Guzmán, Luis Felipe y Andrés Eloy Blanco, Julio César Alvarado, Luis Crespo Flegel, Humberto De Pascuali, Ignacio Benítez Rus, Carlos Medina Iturbe, Luis Casablanca y otros más que sería largo enumerar.

Todos, absolutamente todos, sentíamos veneración por el doctor Ezpelosín: era un hombre, por aquellos tiempos, de rostro enjuto y algo cetrino, pelo crespo y canoso, bigote y cejas pobladas; de aspecto severo, de voz enronquecida; siempre vestido de paltó levita negro, camisa blanca de cuello postizo y corbata negra de lazo. Fumaba cigarrillos, pero fuera de clase, muy poco y en una pipa larga de madera. Sólo usaba el sombrero llamado "camarita", pero de copa alta y alas muy cortas. Mas esa apariencia de hombre grave se desvanecía inmediatamente cuando uno le trataba, apreciándose entonces su carácter amable y fino, propio de las gentes de distinguido rango social y de vasta cultura e ilustración. Tenía predilección por la juventud y se sentía feliz, cuando estaba rodeado por sus discípulos. Los amaba, como el divino Jesús, y quería que se le acercasen para departir con ellos.

Cuando en Venezuela no se conocía absolutamente nada sobre la legislación especial de menores, ya el doctor Ezpelosín daba impulso a las orientaciones que son hoy corrientes e inspiran la manera de proceder respecto a los menores de 18 años. Cuidaba mucho de que se tratara bien a los niños de su Colegio, sin maltratos que pudiesen amargar su carácter, usando de la persuasión y del consejo oportuno. Recuerdo, a este respecto, un caso que descubre la personalidad del conspicuo doctor: Ocurrió con un estudiante de instrucción primaria. En el Colegio existían más de 100 sillas plegables, de madera, marcadas en negro, con las iniciales C. N., o sea, Co-

legio Nacional. En cierta ocasión comenzaron a desaparecer algunas de esas sillas, y el doctor Ezpelosín estaba sumamente preocupado. Contra su voluntad, hizo la correspondiente denuncia al Jefe de la Policía. Transcurrieron muchos días y una mañana se presentaron a la puerta del Colegio dos Agentes con una carreta cargada con varias sillas de las pertenecientes al Colegio, marcadas C. N., y dieron el nombre del alumno que había abusado de ese modo, a quien tenían arrestado. Aquella mañana el doctor Ezpelosín había salido a practicar una breve diligencia relacionada con el Colegio; y había dejado al suscrito, en unión del hoy doctor Carlos Henrique Maury, encargados de la vigilancia de los alumnos. Grande honor para ambos, ya que éramos unos muchachos, con ligera diferencia de edad respecto a los de cursos inferiores. Nos tocó, pues, atender a los Agentes de policía y recibir las sillas. Mas como éstos exigieron un recibo, Maury y yo procedimos a redactarlo. Escribimos lo siguiente: "Hemos recibido de los Agentes de Policía X y Z, tantas sillas marcadas con las iniciales C. N. que fueron robadas de este Colegio por el alumno N. N. Caracas...". Ya cuando estábamos listos para entregar el recibo anterior a los Agentes, regresó al Instituto el doctor Ezpelosín. Tomó el recibo en sus manos y lo leyó. Entonces nos dijo: "Vamos a corregirlo. Eliminen el nombre del muchacho y sustituyan la palabra "robadas" por "sustraídas". No debe mencionarse esa palabra, pues mañana ese muchacho puede ser un hombre útil y meritorio, y aún cuando se le haya omitido el nombre, pudiera suceder que relacionaran ese recibo con el hecho cometido asentado en el Registro de Policía, lo que sería perjudicial para su futuro. Ese muchacho extraviado, porque ha recibido una deficiente educación hogareña, no es un verdadero ladrón". Maury y yo, corregimos el recibo; lo firmó el propio doctor Ezpelosín; lo entregó a los Agentes de Policía, y gestionó y obtuvo seguidamente la libertad del muchacho arrestado, a quien

amonestó con su peculiar suavidad; ingresó de nuevo al Colegio y fue en lo sucesivo un alumno correcto.

Como vemos, tenía Ezpelosín conceptos sobre la educación de los menores con perturbaciones en su conducta, iguales a los que hoy se insertan en los Códigos de Menores, y, en ese sentido, la lógica del Maestro andaba acorde con la norma universalmente aceptada en esos mismos ordenamientos, en cuanto atañe a la no publicación de las sentencias por delitos o faltas cometidas por aquellos, pues, en tratándose de niños, siempre hay la esperanza de hacer de ellos ciudadanos honestos.

Otra peculiaridad del doctor Ezpelosín era el odio que profesaba a los "chismosos". Tenía verdadera idiosincrasia para éstos. En cierta ocasión un alumno le vino a decir que otro niño del mismo curso había molestado al compañero que estaba a su lado, durante la clase de Gramática Castellana. A lo cual contestó Ezpelosín: "Yo no lo he nombrado a usted vigilante de ese curso. Usted trayéndome "chismes", se convierte en un delator o espía, y esta resulta ser una ocupación vergonzosa. Retírese y no vuelva a cometer más esa falta".

Al cumplirse, pues, el Centenario del natalicio del inolvidable Maestro doctor Luis Ezpelosín, sus discípulos recordamos el ejemplo de su pulcra vida, ejemplo aleccionador para los que vivimos y para los que han de vivir; vida dedicada por entero a las nobles actividades docentes —supremo ideal de su existencia— ya que él consideró las luchas en el campo de la instrucción y educación, como la mejor obra suya, puesto que así contribuía a que Venezuela, andando el tiempo, alcanzase el rango de que actualmente goza en el mundo civilizado.

**J. M. Hernández Ron.**

---